

ediciones bolt

pedro olmos

episodio con cernícalos



61
A mamá, corazón de mi alma,
amiga, compañera, artista
estos párrafos que son tanto
sueños como míos.

pedro olmos

Inolvidablemente

Pedro

Lenas, 30 de Mayo de 1977.

episodio con cernícalos

En entrevista en "El Heraldó", de Linares, del 16 de septiembre de 1976, refiriéndonos a "Episodio con cernícalos" de Pedro Olmos, dijimos: Don Pedro es un pintor grandioso. También es un escritor con talento. Publicaremos bajo el sello de Ediciones Bolt, "Episodio con cernícalos". Es una historia tan hermosa y conmovedora en la que don Pedro se muestra en otra dimensión humana, con una sensibilidad que sólo un gran pintor podría contarla. Es una historia que debería estar en todas las antologías de la bondad y la ternura. ●

Esa ciencia nueva que es la ecología se desvela hoy por evitar que se rompa el equilibrio necesario en la naturaleza; por conseguir que el hombre no destruya los árboles y la fauna.

El pintor Pedro Olmos, sin proponerse nada, se convierte en cruzado de esta campaña. Sin duda, él ama todas esas formas de vida que se transforman en especies de

animales y pájaros. Por eso, mientras una mayoría se preocupa en desconocer la vida de los cernícalos, él los defiende y se da a la tarea de amarlos; convivir con ellos y sostener al final de esa experiencia: "son seres nobles, afectuosos, valientes, fuera de lo común".

En la revista Portal N° 13, de Enero de 1977, decíamos que conocíamos bien estas aventuras poéticas de fraternidad al prójimo, que no dejan ganancias depositables en el mercado de capitales, pero que son metas que cumplimos, saliendo de ellas cada vez más enriquecidos. Por eso, fue que publicamos esta hermosa historia de Don Pedro Olmos. Y, es por eso, que Ediciones Bolt entrega ahora, con alegría, esta segunda edición de "Episodio con cernícalos".

MARINA LATORRE U.

Santiago de Chile, mayo de 1977.

Primero de Diciembre de 1975. Rachas de galerna removían la atmósfera del bosque de Huilquilemu, en Talca, y doblaba en oración el velamen arbóreo. Abajo, al pie del recio mástil de los inmensos troncos, se respiraba la paz de siempre, saudosa, conventual.

Yo había instalado mi caballete en un rincón verde y dorado cuya sombría grandeza rota a trechos por el pálido añil del cielo empastado de nubes grises y blancas que galopaban desenfrenadamente, con angustia trataba de interpretar: la cercanía del modelo me imponía extraños problemas. La música que el viento —arriba— entregaba al follaje, posiblemente semejante a la que inspirara a Beethoven en su Arcadia de Viena, ponía en trance al espíritu, haciendo que el espectáculo se convirtiera en poesía pura.

Una ráfaga más dura que otras dobló las orgullosas palmeras e hizo bajar, caer de una de ellas extraña anunciación agraria: dos plumones de forma de huevo, pichones recién nacidos que aterrizaron con violencia en el suelo, piando lastimosamente con un "tric rac rac" desafinado que recordaba un lento rechinar de dientes o un desapacible raspar de metales. (Pronto supe que este idioma era capaz de expresar en sus modulaciones las necesidades o deseos de tales pajarillos.)

El llavero del fundo que gustaba de acompañarme en mis aventuras plásticas acudió a tomarlos. Escondidos entre la maraña sólo divisábamos la parte superior de la cabeza de uno que nos observaba con pupilas enormes, fijas, intensamente negras. Se entregó con rara mansedumbre. Buscamos al otro, el que apareció con una enorme herida a todo lo largo del cuello y la cabeza torcida en 180° mostrando el pico donde debía tener los ojos. A pesar de su terrible accidente y aunque demostró la misma imperturbabilidad del primero, daba muestras de una extraordinaria vitalidad.

A una observación mía el campesino me contestó:

—No son buhos. Son cernícalos. Recién nacidos ambas razas tienen ojos parecidos. Es familia de mala fama, son aves de rapiña... dicen que no dejan pollito vivo. Uno de los deportes de los "cabros" de esta zona es matarlos. No podemos devolverlos al nido. Además, los padres se desentienden de estos caídos. No son como los gorriones y otros plumíferos que bajan a buscarlos. Días atrás una "zorzala" rescató una cría llevándosela sobre el lomo.

Lo mejor que podemos hacer, si le agradan estos bichitos, es que se los lleve.

Sin saber mi respuesta cuando partía me pasó una cajita, enorme pesebrera para tan pequeño montón de plumas. Acurrucados en un rincón se entregaban impávidos al destino como si aquel absurdo nido fuere su ruca habitual.

Así me encontré dueño de dos cernícalos. En otra excursión plástica, ¿lloverán pájaros en Huilquilemu?, se derrumbó otro huevito piador a mis pies. Una acompañante que conocía mi aventura anterior lo tomó bajo sus cuidados y cuando partía a casa, 60 kilómetros distante, me

lo entregó con su mejor sonrisa. Ella no me daba escapatoria y con un ¿qué más da?, lo embutí en el fondo de mi portafolio donde se quedó acurrucado sin protestar, con ese gesto impávido que pronto me di cuenta, era habitual en la raza.

Ya con tres cernícalos en mi hogar traté de reconocerlos con facilidad. Lo primero que hicimos fue darles un nombre. El torcido fue Tué-Tué. En la mitología campesina chilena se conoce con tal nombre al brujo que tiene la cabeza colocada al revés. Alguna noche la mandó a volar y alguien le giró el cuerpo. Al regresar con las últimas tinieblas se incrustó como creía era correcto quedando el rostro vuelto para el espinazo, algo parecido a lo que sufría nuestro amigo.

El segundo, especie de guarda espalda de Tué-Tué, fue Fiel. Varias personas que seguían mi experimento, por eufonía, lo conocieron por Fidel.

El último, más desarrollado que los otros, llegó a ser Juancito Caminador por sus inquietudes. Saltando, saltando se nos perdía de vista, a cada rato lo descubríamos en

sitios, para él, peligrosos. Ese nos obligaba a cazarlo trepando escaleras o haciendo gimnasia alpina, por los muros.

Distintos a todos los pájaros silvestres y domésticos que he conocido, eran mansos de corazón, expresivos, imperturbables, tranquilos, valerosos. (Los zorzales, tan fáciles de amansar son terribles disputadores en su infancia.) Mis cernícalos no discrepaban entre sí ni con el resto de la creación. Cordiales con el mundo, no creían en la maldad ajena. En esa parte les fallaba su extraordinaria, conmovedora inteligencia. Parecía imposible que cerebros no más grandes que un grano de maíz fueran tan alertas. Clasificados entre los rapaces eran mejores que otros aún no tildados de igual condición, incluido el Homo Sapiens.

Su no asombrarse ni tener miedo a nada es lo que posiblemente les ha dado fama de estúpidos. Cuando caí en ello, supe que estaban perdidos. Lejos de sus congéneres, en un barrio ampliamente poblado con sobrecarga de una infancia belicosa, a pesar de la amplitud de nuestro predio serían víctimas propicias de cualquier desaguisado. O sorpresa. El mundo es traidor y el desconfiar ha llegado a

ser una virtud contemporánea. Y ellos no sabían desconfiar.

Mi intento era de amistad y conocimiento. Estudiarlos libres, en su vida habitual; saber hasta qué medida podía llegar su acercamiento con los seres humanos. Les dí por refugio una amplia jaula cuya puerta sólo se cerró de noche para evitar que sirvieran de bisteque a algún famélico "guaren". De día, colocados en la plazoleta del parrón junto a una galería, desde ella los cuidábamos sin entrometernos en su vida.

Apenas pudieron se desplazaron buscando lugares de su predilección. Juancito oficiaba de gárgola —sólo le divisábamos la inquieta cabeza— en la canaleta de lluvia que corre paralela al tejado. Tué-Tué en el suelo a la resolana de viejos acantos. Fiel como un loro cualquiera parado sobre los nudos del tronco de una parra. Desde estos improvisados mangrullos no nos perdían de vista. Eramos su preocupación constante.

Se creía que Tué-Tué jamás mejoraría, que era preferible dejarlo morir. Heroico de voluntad, una vez logró mantener su cabeza normal algunos instantes. (Yo lo ayu-

daba en este afán masajeándole el cuello en la dirección en que la giraba.) Duramente, poco a poco, ganó su normalidad.

Su invalidez le hacía sufrir percances. Veía mal. Se caía, tropezaba. No sabía encontrar el alimento. Desesperado, girando como un trompo, lo buscaba lastimosamente con su cabecita al revés. Yo le señalaba la presa golpeando con la punta del zapato junto a ella, idioma que aprendió rápidamente. Lo gracioso es que en su baile acrobático tropezaba con la punta colgante del fideo cárneo que tragaba alguno de los otros dos y entonces se aferraba a él, formándose una disputa donde cada cual tiraba por su lado hasta que cortaba la presa y cada uno araba de espaldas por el suelo, mostrándose ambos estupefactos de lo sucedido.

Nuestras preocupaciones mutuas, mis cuidados, hicieron que Tué-Tué me demostrara una preferente amistad, buscándome para que le resolviera todos sus problemas. Idéntico a su hermano —o hermana, aunque para mí era inconfundible— para ubicarlo sin titubeos lo marcamos con

una pintita de óleo bermellón, en el lomo, cerca de la cabeza.

En una caja de bordes bajos les formé un nidal confortable de algodones y trozos de géneros. Se divertían despanzurrándolo concienzudamente.

Si no los veíamos, los llamábamos. Contestaban con su tierno y desapacible chirrido. Al pasear por el jardín nos saltaban a los pies cuando pasábamos cerca. (Enojados mantenían un ominoso silencio.) Si volando escuchaban nuestras voces aterrizaban sobre nosotros. Cuando Emma hacía tertulia en unas reposeras del jardín con sus amigas, no era raro ver a Tué-Tué bajando del cielo, raudos, a posarse en su regazo.

Primero volaron con los ojos. Emocionaba y daba risas al ver aquellos montones de plumas aún leves tratando de conquistar el cielo. Chapuceros, sólo conseguían costalazos. Las rachas bajas eran un aliciente. Pretendían "trepar" en ellas y salir aire arriba. Cuando pudieron se transformaron en eximios maestros en horas. Mantenían un rito: antes de partir miraban largamente al cielo ("tiraban pla-

nes" según decía Carola, uno de los habitantes de nuestra casa). De repente con un gesto del cuello partían silenciosos, rápidos como una flecha. Este zarpe sin sonido aterrorizaba a las hordas de gorriones y zorzales los que después de un grito de aviso quedaban en largo silencio impropio de sus gargantas sempiternamente bullanguera o llenaba de terror los gallineros donde todas las aves cloqueando agudamente trataban de encontrar algún refugio.

Sin embargo en su vida de bípedos plantados sobre el planeta convivían sin problemas con pollos y gallinas. Hasta se disputaban los gajos de uva y los restos de comida.

Estos pequeños halconcillos, parientes de aquellos que usaban los reyes en sus cefanes de cetrería, eran adiestrados por nuestros campesinos en siglos pasados para cazar perdices. En Rusia, un militar, Smiloff, reemplazaba con ellos a las palomas mensajeras. Se ciernen en el aire con las alas sin movimiento. Planean como un avión sin motor. De esa palabra sonora, hermosa, deriva su nombre de sílabas antipáticas, exacta para definir una poco agradable ave de rapiña, lo que en este caso no sería verdad y ayuda

al encono injustificado de la gente del agro, la que los persigue suponiéndolas aves destructoras, no benéficas. Dada esta saña y el ser tan indefensos es posible que se llegue a su lamentable extinción.

Alas largas y puntiagudas que no dicen su tamaño por ir cruzadas sobre su espinazo; cola estrecha y prolongada; cuerpo ahusado. Cabeza noble, ventanillas nasales altas; pico ganchudo con una especie de diente en su parte superior; ojos intensos de mirada inteligente; cordial, bajo ellos, largas lágrimas oscuras. Los araucanos gustaban pintarse tres barras negras verticales sobre las mejillas bajo los ojos cuando entraban en batalla. ¿No tomarían de los cernícalos ese embijamiento? Plumaje ocre claro, casi ceniza en trechos, con estrías blancas y negras. Recién nacidos son una bolita de amarillo de Nápoles.

Vivían revueltos con los gatos, los pollos, los perros, las gallinas. En santa paz. Un gato dormía con ellos en la jaula. El felino, ¿afecto o traición?, estira hacia uno de ellos, lentamente, una de sus garras. Fiel no da muestras de haberse percatado, pero cuando ella llega a un centímetro

de su nariz, de un picotazo aleja el posible peligro. Y aquí no ha pasado nada como dirían las copuchentas comadres de mi barrio. (Días de Fiestas Nacionales, deambulando por sus calles me entretenía en hacer apuntes de las cosas que me interesaban. Alarmadas me salieron al paso pidiéndome nos las "apuntara" por no tener la bandera puesta. ¡Qué deliciosa imaginación tienen nuestras vecinas!)

Dos perras nuevas, juguetonas, disputan. En ovillo caen sobre un cernícalo que dormita. Nada de pavor. Saca el quite como el torero que recién inicia su faena e impertérito busca el burladero de su jaula. Cualquiera persona muestra más nervios cuando siente un temblor.

Un hueso con carne. Lo descubren nuestros amigos y el Morito, que es un policial que cuando muestra los dientes da pavor. El can lo aferra por un lado. Los 3 cernícalos metidos entre las mandíbulas anclados en la carne a garra limpia muestran su exasperación con grandes chillidos. Corremos al oír la alharaca. No hay peligro. Mis amigos han ganado la batalla de igual a igual: Aterrorizado el perro les abandona la presa.

Uno de sus mayores agrados era otear el horizonte desde una punta sobresaliente desde donde no tuvieren obstáculos para observar. Curiosos por conocer la vida de los humanos, sus favoritos eran los postes callejeros, presentando así un blanco perfecto para el peñascazo infantil, deporte que pronto se hizo favorito en mi barrio. Los pajaritos oían zumbiar impasibles los proyectiles. Salí a parlamentar una y otra vez. Así logré que muchos de los agresores se convirtieran en cuidadores suyos.

A punta de silbidos y horas fijas les fui creando reflejos condicionados, aprendiendo así la hora en que debían bajar a comer. Su alimento: "lombrices" de carne de vacuno. Las otras, las del barro vivas, no eran de su agrado. Migas de pan remojado en leche o en agua eran, también buen manjar. Desde muy lejos acudían a mi reclamo. Otras aparecían por su cuenta y principiaban a piar para que supieran que estaban esperando su condumio. Parecían tener reloj: llegaban a hora fija. Supongo que con esto ellos a su vez lograron formarme reflejos condicionados ya que apenas los sentía salía con mi mesita a invitarlos a comer.

Ella era una tablita de unos 20 centímetros cuadrados en la que podían aterrizar, o tomar su alimento en vuelo rasante como generalmente ocurría.

Si no les ofrecía alimento bajaban sobre mi pelo, un hombro y en el antebrazo si se los ofrecía. Y desde allí me daban a conocer sus protestas.

Si no me veían salir al jardín a departir con ellos venían a buscarme observando por los vidrios de la galería donde formaban alboroto golpeando con el pico y las alas. Si encontraba Tué-Tué la puerta abierta penetraba al interior buscándome a cortos vuelos y saltos, encarándome, llamándome al orden cuando me ubicaba.

De lo que siempre tuve que cuidarme fue de sus digestiones cuyos productos lanzados horizontalmente parecían salir de un cañoncito que tuvieren en el tubo digestivo.

Todo les entregaba un gozo para vivir. Trepaban al tejado en la mañana para recibir a pluma abierta y patas estiradas el tibio beso del sol mañanero. Casi todas las tardes al borde del crepúsculo se esponjaban en la cumblera para embelesarse mirando la caída del sol, cosa que al

principio me parecía increíble pero que pude constatar muchas veces. Cuando bebían agua entraban con todo el cuerpo en el lebrillo remojándose con vital alboroto. Comían sin apuro, gustando. Tomaban su presa con las garras, como si esta fuere una mano e iban destrozándola lenta, concienzudamente. Había algo sensual cuando se arrellenaban para descansar. Todo lo vivían con una plenitud que podríamos llamar inteligente.

El primero que se puso a "tirar planes" de largo aliento fue Juancito Caminador. Una mañana no volvió. Como era el más esquivo de los 3 supongo que se fue a buscar su manada. No dudo que esta fuga le evitó un cruel final.

Tué-Tué y Fiel gustaban colarse en mi taller. Chirriaban sobre las vigas descubiertas del techo o subidos en el travesaño superior de mi caballete me acompañaban en el trabajo. Miraban con tal atención que parecían entenderlo. Lo que no era muy correcto era su forma de "criticar". No dejaron tela a su alcance que no embadurnaran.

Tué-Tué pareció perder el apetito. Buen comedor (no eran glotones) me extrañó que muchas veces no manifesta-

ra síntomas de hambre. ¿Dónde y qué estaría comiendo? Sólo resolví el misterio cuando me visitó un vecino:

Al pasar por el jardín se detuvo al verlos:

—¿Así que es suyo el pajarito? Me agrada churrasquear en el patio, al aire libre y ese caballero me llega a la mesa apenas pongo la carne al fuego. Dos cosas: nunca he visto un ser más manso y... nunca vi que alguien criara cernícalos.

Este don de amistad, su exceso de confianza debían perder a mi Tué-Tué. Iba y venía por los patios y tejados del barrio. Un medio día se encontró en una cumbrera con el gato de un vecino que desconocía las leyes de nuestro juego. Le dio garrote vil de un zarpazo. Los niños del barrio vinieron a avisarnos. Mi mujer rescató su pequeño cadáver, el que me sirvió de modelo para un apunte donde mi amigo aparece rampante, con las alas abiertas, con su noble cabeza en ese gesto que tenía cuando oteaba horizontes. Envolvimos sus patéticos restos en un pañuelo y lo sepultamos en el rincón del jardín donde el gustaba bajar a compartir con nosotros.

Esa tarde Fiel esperó largo y en vano a su amigo, parado en la punta más sobresaliente de una de nuestras antenas, llamándolo a cada rato con su desapacible chirrido. En apariencias su vida siguió como siempre, pero supuse que no podría resistir la soledad.

Un atardecer llegó con una patita rota, colgando. El percance había destrozado el fémur y nada podíamos hacer. A cada regreso el miembro colgaba peor, las garras tumefactas. Para obligarlo al reposo lo encerré en la jaula. Su prisión lo llevó a una clara melancolía. Le dí por hospital mi taller. Descansaba en las vigas del techo o se quedaba por horas junto a la rejilla de las ventanas "tirando planes". Otras, desde el travesaño del caballete, me miraba pintar. A los pocos días le volvió la morriña, no comía y daba claras muestras de su desasosiego volando sin rumbo, golpeándose, tirándose contra los vidrios. Lo mejor era dejarlo en libertad. Al fin, ya apoyaba la patita y pudiera ser que con buena suerte consiguiera su mejoría.

Varios días fue y volvió entre nosotros. Al fin no regresó. Lo esperamos largas jornadas con su condumio y con

el silbido listos. Nada.

Supongo que esta radiografía ornitológica no ayudará a repeler su leyenda negra, que será apenas una curiosa aventura intelectual. Y una protesta contra esa sandez dictionarial que hace a cernícalo sinónimo de tonto de capirote, cuando debiera significar exactamente lo contrario: llamar así a un ser noble, afectuoso, valiente, fuera de lo común.

Linares, La Granjita, 1976.

NOTICIAS DEL AUTOR

Olmos es pintor y dibujante y escribe cuando algún tema le interesa. Sus primeros pasos los prohijan Pablo de Rokha, Juan de Almarza y Abelardo Paschin Bustamante. Con éste, con Alberto Rojas Jiménez, Roco del Campo, Neruda, Juvencio Valle vive la extraordinaria bohemia del año 30.

En 1938 casa con Emma Jauch y va a buscar nuevos horizontes a Buenos Aires llegando a ser —según Leonidas Barletta— "uno de los grandes dibujantes de América".

Representa a Chile en "ARS AMERICANA" exposición colectiva de plásticos de este continente (Maison de l'Amérique Latine, Paris, 1946). Su "Danza del Toro" es seleccionada por el maestro Henry Matiste para tapa de dicho catálogo. Posteriormente esta obra integra la Exposición Mun-

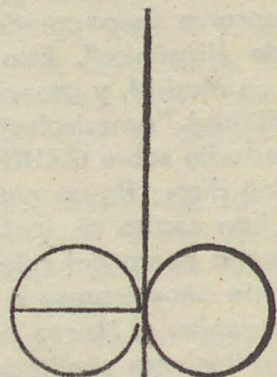
dial de la UNESCO (Museo de Arte Moderno, París, 1946) siendo destacada en ambas ocasiones en forma unánime por la crítica francesa.

Su "Baile de los Negrillos" obtiene un Segundo Premio en un Concurso ibero-americano organizado por "Mundo Hispánico". Esto le permite viajar y estudiar en Madrid, y conocer París.

En 1943 la editorial "Americalee" de Buenos Aires publica su estudio sobre GAUGUIN del que un crítico argentino dice: "figura entre los mejores libros que se han escrito en castellano sobre el exótico y torturado poeta del color".

Después de veinte años regresa a Chile. Radicado en Linares organiza el Museo de Arte y Artesanía y otras instituciones similares.

Obras en Museo o colecciones de Europa y América. Está citado en el "Diccionario de Benezit", en "Enciclopedia del Arte Americano", en "Panorama de Arts" y en otras publicaciones similares.



Ediciones Bolt

Londres 92 — Fono 382979 Santiago - Chile





